

# DISCURSO Y POESÍA

PRONUNCIADOS RESPECTIVAMENTE

POR EL

C. SENADOR LIC. GENARO RAYGOSA

Y EL

C. DIPUTADO D. JUAN DE DIOS PEZA

PRESIDENTE DEL ATENEO MEXICANO

EN EL ACTO CONMEMORATIVO  
DE LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO, QUE TUVO LUGAR EN EL PARQUE  
"PORFIRIO DIAZ"

EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1903



MÉXICO

TIP. Y LIT. «LA EUROPEA», DE J. AGUILAR VERA Y COMP. (S. EN C.)  
Calle de Santa Clara número 15.

1903

# DISCURSO Y POESÍA

PRONUNCIADOS RESPECTIVAMENTE

FOR EL

C. SENADOR LIC. GENARO RAYGOSA

Y EL

C. DIPUTADO D. JUAN DE DIOS PEZA

PRESIDENTE DEL ATENEO MEXICANO

EN EL ACTO CONMEMORATIVO  
DE LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO, QUE TUVO LUGAR EN EL PARQUE  
"PORFIRIO DIAZ"

EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1903



MÉXICO

TIP. Y LIT. «LA EUROPEA,» DE J. AGUILAR VERA Y COMP. (S. EN C.)  
Calle de Santa Clara número 15.

1903



---

SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA:

SEÑORES:

Desde que el espíritu científico ha invadido los campos de la Historia, la narración de los acontecimientos humanos ha tenido que reconstruirse sobre bases más amplias y más sólidas que las biografías de los héroes y de los caudillos, la descripción de guerras y campañas y el registro cronológico de los sucesos considerados como dignos de ser perpetuados en la memoria de las generaciones. Mientras la Historia ha sido una «arte literaria,» el mundo se ha poblado de pedestales y de monumentos erigidos á los poderosos, á los triunfadores, á los afortunados; de panteones para los mártires y genios; de antros de oprobio para los déspotas y los malvados. La fantasía, el temperamento, la ecuación personal del escritor, transformaban el material de crónicas y tradiciones, ora en grandiosas catedrales consagradas al culto de verdaderos semidioses—que no lo eran menos los personajes historiados, por modelos de todas las virtudes y de todos los talentos,—ora en portentosos escenarios de tragedias, terriblemente moralizadoras, en donde los Opas y los Iscariotes, los Calígulas y los Neronés, después de recibir las maldiciones de la humanidad, vivían la vida eterna de los Prometeos, devoradas las

la piedra angular del edificio de la civilización, el autor innominado de las grandes epopeyas, la fuente perenne de los grandes hechos.

En la vida íntima del hombre común, es en donde hay que buscar la raíz y la interpretación de los acontecimientos históricos: en las masas laboriosas, el secreto de esas acumulaciones de tremendas energías que, ora fulminan las Bastillas y las Granaditas, ora derriban imperios y pulverizan despotismos, ora siembran de cadáveres la accidentada vía por donde rueda á saltos el terrible «Jager-naut» de la Revolución. En las masas populares, como en las celdas de las baterías eléctricas, la presión prolongada de una fuerza externa provoca y mantiene arreglos anormales, equilibrios aparentes, ajustes imprevistos, combinaciones impensadas, estados sociales de condiciones engañosamente tranquilas. Mientras la presión persiste, mientras la carga penetra en la batería, el orden reina, la quietud domina, la inmovilidad interna presagia la perduración del sistema, y á las veces (por efecto de la ley de inercia), aun después de aplacada la presión, aun después de interrumpida la corriente, el *statu quo* subsiste, el mecanismo continúa operando. Pero que un excitante aproxime los reóforos, que un contacto ponga en comunicación las energías dormidas, que una emoción lleve su onda vibratoria al depósito de los sentimientos comprimidos, y el rayo que deslumbra y mata, el explosivo que estalla y pulveriza, la ola de lava que incendia y arrasa, brotan á raudales de aquel regreso repentino al equilibrio primitivo, de aquella reacción contra la fuerza extraña, de aquella recomposición violenta de los elementos torturados, dislocados, arrancados de sus afinidades profundas para formar compuestos inestables, por contrarios á la ley de su naturaleza. Entonces la insurrección

de las masas, como las ondas hertzianas, se propaga instantáneamente en todas direcciones, la conflagración inflama todos los cerebros, ríos de sangre desbordan por el territorio y sobre los escombros humeantes de los palacios y de los templos, sobre los despojos de los opresores y de los tiranos, el pueblo se yergue, altivo y soberano, entonando el himno de triunfo de la libertad humana.

\*  
\* \*

Durante los tres siglos de la dominación española, el régimen colonial no tuvo otra base más que el uso constante de la fuerza. A la conquista armada del Anáhuac, á la sumisión final de las tribus aborígenes, sucedió la obra de consolidar en dependencia permanente de la Corona las vastas posesiones ganadas por la espada; transplantando á la Colonia el rígido sistema militar, teocrático, político y administrativo que gobernaba entonces la metrópoli, como el instrumento más adecuado para organizar su explotación. Los pobladores fueron distribuídos y clasificados por métodos inexorables. Los más robustos fueron á las minas, á los trabajos mecánicos y de transporte, á la provisión gratuita de fuerza muscular; los demás, al cultivo de los campos y á las faenas agrícolas; el resto, á la servidumbre personal y doméstica de los conquistadores. La masa entera quedó sometida al peso de la esclavitud. Más tarde, la importación de los negros y la mezcla de las razas, introdujo el régimen de castas, y dentro de ellas, la reglamentación de las ocupaciones. Negros, mulatos, indios, mestizos y criollos, formaron la nueva nomenclatura legal de la población, teniendo en ella cada clase, un lugar rígido é infranqueable, amurallado

por todas partes por la presión uniforme de una voluntad de hierro. Cada habitante venía á ocupar en esa organización inmóvil, un lugar previamente designado por la ley. Se nacía dentro del gremio, dentro de la corporación, dentro de la encomienda. Nadie podía escoger oficio, ni trabajo: nadie dedicarse á una industria, de las muy pocas permitidas, sin pagar aprendizaje, ni ejercerla sino con estricto arreglo á los reglamentos que fijaban desde la clase de material hasta su peso, desde el salario del obrero hasta la ganancia del patrón. Nada era libre. El pensamiento era monopolio de la Iglesia; la voluntad, monopolio del rey; el comercio monopolio de España, los empleos y cargos públicos, monopolio de los peninsulares. Sin libertad de pensamiento, sin libertad de acción, sin libertad de trabajo, sin libertad ni de moverse de un lugar á otro, «el hombre común,» el habitante colonial, el campesino, el artesano, el comerciante; el negro, el indio, el criollo y el mestizo, no eran más que celdas acumuladoras de continua opresión, de continuo sufrimiento, de odio continuo; callado, latente, inapreciable; pero organizado, concentrado y trasmitado como instinto, de generación en generación, de siglo en siglo. Instinto de rencor receloso, de reivindicaciones imprecisas, de objetivos sin contornos; pero hostil á todo lo existente, hostil á los dominadores, hostil al gobierno establecido.

Así, después de tres siglos de constante ejercicio de la fuerza, más extenuante para España que para sus vastos dominios de ultramar, el sistema de gobernación implantado en la Colonia había llevado la carga hasta los límites de resistencia, revelándose la extrema tensión de las energías acumuladas, por la intensidad misma del campo magnético ambiente, el cual, causando en todos los corazones ese vago malestar, precursor de las grandes

tempestades, presagiaba la proximidad de acontecimientos profundos y terribles, presentidos más bien que imaginados; pero no menos inminentes y reales. Comenzaban las conspiraciones. La del Ayuntamiento de México y del Virrey Iturrigaray, terminada con la prisión de éste en la noche del 15 de Septiembre de 1808, aumentó la zozobra general, provocando el empleo de medidas represivas que exacerbaron más aún el sentimiento de inquietud. El denuncia de la de Valladolid y las numerosas persecuciones á que dió origen, subieron de punto la gravedad de los síntomas alarmantes: la hora de supremos conflictos se sentía llegar; pero no había sonado aún.

El defecto de las conspiraciones consistía en querer provocar grandes actos de voluntad colectiva por medio de planes políticos de un idealismo ingenioso, pero complicado. Las revoluciones nunca se han hecho por ideas, sino por sentimientos. Para que la idea penetre en la conciencia de las multitudes se necesita una lenta incubación: para obligarlas á obrar, para llegar á los hechos que operan las transformaciones sociales, es preciso encender en ellas la pasión del odio contra las condiciones existentes, como absolutamente intolerables; y la pasión de un cambio, cualquiera que sea, que las mejore ó modifique. La sublevación de las colonias inglesas en la América del Norte, no nació de ideas políticas de gobierno propio; sino del sentimiento popular de ser insufribles las exacciones de las autoridades metropolitanas. La unidad de la Alemania no se realizó por el solo convencimiento de su conveniencia, arraigado entre los pobladores del país que se extiende desde el Vistula hasta el Rhin, durante siglos; sino por la emoción inmensa de un gran momento histórico, la presencia de su ejército triunfante ante los muros de París, en Julio de 71.

\*  
\* \*

El gran mérito de Hidalgo fué precisamente el de no apelar á planes políticos, ni á programas de reconstrucción social. Su grito de guerra, el gran grito histórico de la madrugada del 16 de Septiembre de 1810, fué la explosión repentina del sentimiento profundo de pasión, concentrada en las masas populares, contra una opresión insoportable. Por eso la emoción fué intensa y se propagó instantáneamente en todo el territorio; porque traducía un estado de angustia y sufrimiento exaltados hasta el paroxismo: porque daba cuerpo y vida y voz articulada á la reacción latente; porque encarnaba y personificaba en el anciano, imagen de la debilidad humilde; en el sacerdote, símbolo de mansedumbre; en el apóstol, mensajero de redención y de misericordia, cuanto de más noble y más sensible y más divino tiene todo hombre en el fondo del alma y de más ardiente en las fibras de su corazón: la indómita bravura ante el tormento implacable de su raza, la pasión infinita de abnegación y sacrificio ante el abuso de la fuerza, la aspiración irresistible hacia la libertad y la justicia.

El gran mérito de Hidalgo consistió en despertar con su ejemplo y su palabra, esos grandes impulsos generosos: en herir en lo más vivo la imaginación y los resentimientos de las muchedumbres: en identificarse con las aspiraciones imprecisas y vagas de las masas: por eso le siguieron como á un Mesías, por eso le aclamaron como el Salvador del pueblo, por eso le rinde culto la posteridad agradecida, por eso le llamamos los mexicanos todos, el verdadero Padre de la Patria libre.

El movimiento de insurrección iniciado por Hidalgo,

no era producto de cálculos egoístas, ni obra de grandes intereses: no fué favorecido ni secundado por las aristocracias; no brotaba de las clases privilegiadas; venía de los fondos profundos, del vasto receptáculo de los explotados y de los oprimidos; venía de la entraña misma de la agrupación humana; por eso no podía extinguirse sino entre los escombros del edificio virreinal. El alto clero le fulminaba con excomuniones; la Inquisición le condenaba como herético; los soldados del Rey le acribillaban con metralla; sus caudillos morían en los patíbulos; sus héroes regaban con sangre los campos de batalla; pero nada era capaz de detenerlo, nada podía sofocarlo; porque era la voluntad colectiva de lo incontable, la energía de lo invencible, la fuerza indómita del pueblo, del pueblo, único autor de sus propios destinos, único soberano de su territorio, que estaba ya resuelto á tener una patria, una ley, una bandera, un organismo propios.

Y lo tuvo todo: la gran insurrección triunfó.

\*  
\* \*

Con la entrada del Ejército Libertador en la Ciudad de México el 27 de Septiembre de 1821, concluyó esa página gloriosa de la vida nacional, cuyo recuerdo renovamos anualmente en el día consagrado á conmemorar el Grito de Dolores. Ella pone de relieve el dilatado y cruento proceso de la evolución del pueblo mexicano hasta el nacimiento de la nueva nacionalidad, mostrando cómo la pulverización de los residuos de las organizaciones aborígenes, sometida á la presión de una fuerza prolongada y en contacto con otras razas, otra civilización y

un organismo en medio de la guerra, por masas humanas cuya cohesión inicial hubo de depender del excitante imprevisto de una insurrección. Mas como el proceso evolutivo de las agrupaciones humanas no se ordena por capítulos, el de la nueva nacionalidad siguió ofreciendo hasta nuestros días, otras páginas de gloria y también de sufrimiento, otros héroes y caudillos cuyos altos hechos se enlazan y eslabonan por modo natural con los de sus predecesores, reclamando un lugar distinguido en la gratitud también de la generación presente.

Pero el pueblo venera tanto más á sus héroes cuanto mejor se reconoce en ellos. Por eso, á pesar del culto que á todos les tributa, tres son sus predilectos: el héroe de Dolores: el héroe de la Reforma: el héroe de la Paz. Cada uno de ellos simboliza una época, un estado de conciencia social, un período de evolución. Ninguno pertenece á las aristocracias, ni de la ciencia, ni de la sangre, ni del dinero. Los tres proceden del pueblo, son hijos del pueblo y se identifican con el pueblo. Por eso son sus predilectos. Por eso son aclamados sus nombres en las fiestas nacionales. Por eso vivirá su memoria en el corazón del pueblo, mientras el pueblo mexicano exista! *«Eos salutemus et secuti laboremus.»* He dicho.

México, Septiembre 16 de 1903.

G. RAIGOSA.

---

## ¡16 DE SEPTIEMBRE!

(Leída en el Parque "Porfirio Díaz" en la mañana del 16 de Septiembre de 1903.)

De aquella edad de fuego que encendía  
Mi inspiración cual consagrado incienso  
A ésta de la razón árida y fría  
Media un abismo inmenso.

Y aun canto sin cansarme desde niño  
A los que padres de mi patria llamo,  
Ayer con más asombro que cariño  
Hoy, con gran devoción porque los amo!

El paso de los años por mi frente  
No arrebató la fe ni la memoria,  
Y de mi patria en la epopeya ardiente  
Amo mientras más vivo, al insurgente  
Que en los cadalzos conquistó la gloria!

Amo á Hidalgo que rompe la muralla  
Del altar y la Cruz que su fe encierra,  
Y da el grito que mueve y avasalla  
Y de la cárcel libra á la canalla  
Y parte con las chusmas á la guerra.

¿Qué bandera á esas chusmas dar podía  
Para retar á España á mortal duelo?  
¡La de la fe en su causa! Llega un día  
A Atotonilco y arrebató al vuelo  
Un lienzo con la imagen de María,  
La Virgen India cuyo culto abría  
Al indio siervo el prometido cielo.

Arenga al pueblo en cuyas venas late  
La sangre hirviente y deja que se agrupe  
Bajo aquella bandera de combate:  
¿Qué talismán mejor? ¿qué otro penate?  
Frente á Santiago ¡alzó la Guadalupe!

Entre el clamor inmenso é imponente,  
De aquella muchedumbre entusiasmada,  
Tranquilo el corazón, y alta la frente,  
Le sorprende en los montes la alborada.

Alza entre piedras, picas y arcabuces  
Un altar de esperanza ante el abismo;  
Enciende en las conciencias las dos luces  
De patria y religión á un tiempo mismo:  
Y consagra, nueva hostia, el patriotismo,  
En la misa del Monte de las Cruces!

¡Era un justo! no pudo, no podía  
Contener como quiso el arrebató  
Del pueblo, ebrio de sangre, en aquel día  
Que la alhóndiga asalta en Guanajuato.

¡Era un bueno! Amargáronle mil cuitas  
Y lamentó con lágrimas la suerte

De su amigo Riaño, y de su muerte,  
En la hazaña inmortal de Granaditas!

¡Era un apóstol! deja el aposento  
De una parroquia y su quietud sombría  
Y busca el sol del libre pensamiento;  
Convierte en un deber la apostasía,  
Cambia por el altar el campamento  
Y ve en la augusta libertad su guía.

¡Fué un Redentor! y ¿quién lo negaría?  
Recoge de los mártires la palma  
Y á su conciencia respondiendo franco  
Piensa en que Dios, al negro como al blanco  
De un mismo igual color les tiñó el alma;  
Y da la ley más santa y la más buena:  
¡La que arrancó al esclavo la cadena!

Conquistó así más alto que los Andes  
El Tabor que la gloria le confiere:  
Al hombre que así vive y así muere  
¿Quién no le admira grande entre los grandes?

Para formar el libro que reasuma  
Su vida sin igual, yo sólo anhelo  
En el arco-iris empapar mi pluma  
Y escribir en la página del cielo!

¿Cómo hablar de sus hechos? ¿En qué lengua?  
¡En la pobre que hablamos fuera mengua!

¡En la de Dios! ¡Los magos del Oriente  
Cuentan que habla una lengua que no miente

Y por sus formas puras y su alteza  
Es la lengua inmortal de la belleza!

Que con ella se escriba la esperada  
Epopéya que forma nuestra historia,  
Para que encienda en nuestra edad helada  
¡El sol del heroísmo y de la gloria!

Y esa epopeya, olímpico sagrario  
De nuestros héroes forme el monumento,  
Como horizonte azul y solitario  
En que se juntan mar y firmamento.

Cántenla en lengua pura, limpia y sana  
¡Los hijos de la musa mexicana!

Basta el fuego del genio de Morelos  
Que Cuautla guarda en inmortales rastros,  
Para encender del porvenir los astros  
Y del olvido derretir los hielos!

¡Estudiando sus hechos no hay mejores!  
Nadie en valor le excede ni en fortuna,  
Y mayor que sus glorias sólo hay una:  
¡La de haber dado el grito de Dolores!

Muere y tiembla la tierra y se levanta  
Un fúnebre clamor que el aire asorda,  
Y el lago hasta el cadalso se desborda  
Y lava aquella sangre noble y santa!

¿Casualidad? ¿Milagro? ¿Coincidencia?  
¡Otro descifre el insondable arcano!

Hasta el sol en el cielo mexicano  
Se enlutó al apagarse su existencia.

Con él guarda la historia en sus anales  
Tanto martirio de esplendores lleno!  
De Mina, de Jiménez, de Rosales,  
De Abasolo, de Allende y de Moreno.

Leonardo y Miguel Bravo, Galëana,  
Matamoros y Aldama, Mier, Guerrero;  
Una pléyade augusta y soberana  
En la que es cada mártir el primero!

Cada uno de estos hombres fué vasallo  
De Dios; de nadie más; era su abrigo  
El monte; su defensa su caballo,  
Y el sufrimiento su mejor amigo.

Mirar libre á la patria fué su anhelo  
No temieron al grande ni al más fuerte,  
Ni alcanzaron más lauro en este suelo  
Que el de sellar sus hechos con la muerte.

No esperaron jamás premios ni honores,  
Y fueron en la paz como en la guerra  
Humildes cual los doce pescadores  
Que siguieron á Cristo por la tierra.

¡Ah! yo ensalzo la fe de aquellos hombres  
Y su ejemplar desinterés me admira:  
Su martirio, sus hechos y sus nombres  
Es lo que más me alienta y más me inspira.

Hijos del pueblo, en el dolor crecidos  
Sintiendo una cadena en cada mano  
Saludaron ya presos y vencidos  
El porvenir del pueblo mexicano.

Presintieron su dicha, su grandeza,  
Y en el espasmo de su amor sublime  
Les vió el mundo morir con la entereza  
Del ser que sabe que al morir redime.

Subieron al cadalso, alta la frente  
Y venerando con piedad sincera  
La augusta trinidad del insurgente  
Su Dios, su libertad y su bandera!

Todos murieron héroes, con las manos  
Alzadas hacia el Dios que vidas trunca,  
Perdonando cual buenos mexicanos  
A sus propios verdugos por cristianos  
Pero al verdugo de la Patria, nunca!

Y así entre sangre y luto y convulsiones  
Surgió este pueblo que triunfó en Iguala,  
Vengándose con mil revoluciones  
De la obra de crueldad, de la obra mala.

Mas ya apagó el volcán sus explosiones,  
Ya el águila caudal sosegó el ala  
Sobre el verde nopal de nuestra tierra,  
¡Y destrozó la sierpe de la guerra!

Ya es el pueblo en la cátedra, en el tajo,

Y ya busca en la ciencia y el trabajo  
Cuanto redime y engrandece al hombre.

Ya le importan su gloria y su existencia  
Orden, Progreso y Ley tiene por norma,  
Indestructible es ya su independencia;  
Y el faro de sus dichas: la Reforma!

---

Nunca la adulación manchó mi labio,  
Mas quien no hace justicia, hace un agravio,  
Y el que nace leal y caballero,  
Debe ser ante todo, justiciero:  
Yo que canto y alabo al insurgente,  
No olvido al héroe de la edad presente.  
Gracias, héroes, la Patria nos la disteis;  
La salvó Juárez, vos la engrandecisteis:  
Os debe paz, y crédito y riqueza,  
Sois el firme sostén de su grandeza;  
Por vos es libre, próspera y felice,  
Por eso el mundo llena vuestra fama,  
Por eso el pueblo mexicano os ama  
É Hidalgo os lo agradece y os bendice!

JUAN DE DIOS PEZA.